

Mujeres revolucionarias y resistencias cotidianas. Reflexiones sobre prácticas de memoria feminista en Chile

LELYA TRONCOSO PÉREZ*

Resumen

Se reflexiona en torno a la relación entre género y memoria desde una perspectiva feminista, abordando las prácticas de memoria como procesos generizados y generizantes de (re)articulación del pasado desde el presente. En el artículo se analizan dos tipos de memoria de la dictadura chilena: memorias de mujeres que se reconocen a sí mismas como revolucionarias y combatientes, particularmente mujeres que participaron de resistencias armadas o fueron presas políticas, y memorias de mujeres que recuerdan formas de resistencia más cotidianas, que muchas veces han sido invisibilizadas por narraciones hegemónicas centradas en enfrentamientos violentos entre hombres. Estas memorias visibilizan diferentes tipos de prácticas de resistencia de mujeres y permiten aportar a la problematización de memorias androcéntricas dominantes de la dictadura chilena.

Palabras clave: memoria, género, resistencia, Chile

Fecha de recepción: 11-03-2019

Fecha de aceptación: 14-02-2020

Revolutionary Women and Daily Resistance. Reflections on Feminist Memory Practices in Chile

Abstract

In order to reflect on the relationship between gender and memory from a feminist perspective, memory practices are addressed as gendered and gendering processes rearticulating past and present. In the article, two types of memories of the Chilean dictatorship are addressed: memories of women who recognize themselves as revolutionaries and combatants, in this case women who participated in armed resistance and / or were political prisoners, and memories of women who remember everyday forms of resistance, which have often been made invisible by hegemonic narratives focused on violent confrontations between men. These memories reveal different types of resistance practiced by women, contributing to the problematization of dominant androcentric memories of the Chilean dictatorship.

Key Words: memory, gender, resistance, Chile

* Licenciada en Psicología, Master en Psicología social y Master en Estudios de Género, Doctora en Psicología y actualmente profesora asistente del departamento de Trabajo Social de la Universidad de Chile. Correo electrónico: lelyatroncoso@uchile.cl.

Si hoy podemos hablar de violencia de género en las dictaduras del Cono Sur es porque desde el feminismo se ha creado el espacio de enunciación colectivo que supone la existencia de un sujeto capaz de politizar su experiencia y abrir campos de disputa con otros actores, acerca del sentido de esas experiencias.
Lilian Celiberti (2015)

If a woman rebels she is a mujer mala.

Gloria Anzaldúa (2007)

*...para conocer de otros modos, debemos sentir de otros modos.*¹
Clare Hemmings (2012)

Para reflexionar en torno a la relación entre género y memoria desde una perspectiva feminista quisiera abordar las prácticas de memoria como procesos generizados y generizantes de (re)articulación del pasado (y por lo tanto del presente y el futuro).² Sostengo que un análisis crítico de la relación entre género y memoria "(...) debe centrarse en los modos de su articulación y de mutua constitución, enfatizando los modos generizados de los cuales hacemos memoria, lo que implica que al recordar construimos tanto el pasado generizado que se recuerda como a los sujetos generizados que recuerdan" (Troncoso y Piper, 2015).

En este artículo me centraré en dos tipos de memorias de la dictadura chilena: memorias de mujeres que se reconocen a sí mismas como revolucionarias y combatientes, en este caso mujeres que participaron de resistencias armadas o fueron presas políticas, y memorias de mujeres que recuerdan formas de resistencia más cotidianas, resistencias que muchas veces han sido invisibilizadas por las narraciones hegemónicas centradas en enfrentamientos violentos entre hombres.

La dictadura militar en Chile se extendió por 17 años entre el 11 de septiembre de 1973 y el 10 de marzo de 1990, cuando asume el presidente electo demócrata-cristiano Patricio Aylwin. En esos 17 años Chile estuvo sujeto a una estrategia de *shock* y conmoción (Klein, 2008) y a un terrorismo de Estado que dejó a cientos de miles de personas afectadas por políticas de desaparición, tortura física, sexual y psicológica, ejecución política, exilio, prisión y persecución política (Hiner, 2015a).

Me interesa el potencial transformador de las prácticas de memoria feminista, ya que siguiendo a Lilian Celiberti (2015) considero que son estas prácticas colectivas de recuerdo y enunciación las que han posibilitado tanto la constitución de sujetos, subjetividades y colectividades feministas como la posibilidad de visibilizar, nombrar y abordar otros tipos de violencias, resistencias y desigualdades. Me

.....
1 Esta y las siguientes traducciones del inglés son propias.

2 Hago uso de la traducción del término inglés "gendered", para el neologismo "generizado". Dicho término se usa para referir a aspectos condicionados por el género, y ha sido traducido de este modo en varios artículos y libros de feministas como Sandra Harding (1996) y Nira Yuval Davis (2004), entre otras. En inglés se habla de "gendered", "classed" y "racialized", para dar cuenta de cómo la clase social es racializada y generizada, por ejemplo.

parece particularmente interesante analizar lo que sucede cuando desde un presente con conciencia de género o feminista se recuerda un pasado en el cual dicha conciencia no era aún tal, y el extrañamiento y rearticulación del pasado-presente que en esa práctica de hacer memoria ocurre.³

Memorias de mujeres que optaron por tomar las armas como forma de resistencia a regímenes dictatoriales siguen siendo interesantes de analizar desde un enfoque feminista, ya que en nuestras sociedades estas prácticas son abordadas aún con incomodidad e incompreensión. La violencia ejercida por mujeres parece ser comprensible solamente cuando se limita a la defensa de ataques sexuales o la protección de sus hijas o hijos, pero, al mismo tiempo, se celebra a mujeres indomables, rebeldes, revolucionarias, valientes y heroicas que han hecho historia (D'Atri, 2006; Whaley, 2008; Ahall, 2012a). A pesar de la constante participación en proyectos revolucionarios de mujeres militantes, guerrilleras y combatientes, se afirma que éstas continúan siendo invisibilizadas en los discursos oficiales (Arfuch, 2013). Es así como ha sido en gran parte labor de trabajos de memoria feminista re-construir testimonios y relatos de experiencias de mujeres guerrilleras (Zalaquett, 2009).

Quisiera problematizar, en este trabajo, cómo ciertas experiencias de lucha han pasado a ser representativas de lo que se ha pasado a entender como resistencia a la dictadura en Chile, y posiblemente en el Cono Sur. Teorizaciones feministas se han interesado por analizar memorias de violencias políticas en diversos contextos, afirmando que memorias de la vida cotidiana en contextos de conflictos armados, guerras y dictaduras han sido particularmente invisibilizadas cuando corresponden a memorias de mujeres y espacios feminizados, considerándoseles menos relevantes, secundarias o meramente anecdóticas (Das, 2007; Parashar, 2014). Estas memorias y experiencias muchas veces no se consideran como vivencias de la violencia política propiamente tal, siendo narradas como "otras experiencias" (Troncoso, 2016). Reflexionaré en este artículo sobre memorias de resistencias que han sido, en este sentido, desplazadas o invisibilizadas.

Estas reflexiones se basan en una investigación sobre memorias de la violencia política del pasado reciente en Chile,⁴ de la cual participé en calidad de co-investigadora y que utilicé a su vez como material de análisis de mi tesis doctoral. En dicha investigación se realizaron sesiones grupales de conversación cuya finalidad fue la construcción de producciones narrativas generacionales con mujeres y hombres, que durante su juventud (entre los 18 y 35 años) participaron de movilizaciones y protestas sociales que cuestionaban el orden social y político establecido entre 1973 y 2013. En este artículo me centraré en analizar desde una perspectiva feminista solamente aquellas memorias referidas al período de la dictadura de Augusto Pinochet entre 1973 y 1990.

.....
3 No es mi intención usar género como sinónimo de feminista, más bien quiero abordar procesos de memoria que sea realicen desde una conciencia de género no necesariamente feminista y, a su vez, prácticas de memoria que se realizan desde un posicionamiento explícitamente feminista con la intención de recordar de otro modo.

4 Proyecto Fondecyt Nro. 114080, "Memorias de la Violencia Política en Chile: Narrativas Generacionales del período 1973-2013". Investigadora responsable: Isabel Piper Shafir, Universidad de Chile.

Considero que una forma de aproximarnos a los procesos de memoria generizados y generizantes es analizando memorias de períodos dictatoriales y violencias políticas, ya que tanto lo violento como lo político se ha asociado históricamente a lo simbólicamente masculino. Problematizar estas asociaciones hetero/sexistas en las memorias de la violencia política dictatorial en Chile nos permite reflexionar críticamente sobre la dimensión de género de estas memorias y, en particular, sobre la representación de las mujeres en las memorias de la resistencia a la Dictadura.

En este caso me centraré en narraciones de personas que participaron activamente de movilizaciones sociales y protestas en el Chile dictatorial. Para esto retomaré parte del análisis realizado en mi tesis doctoral (Troncoso, 2016), en la cual usé como material empírico las transcripciones de las sesiones grupales de entrevista, que constituyeron un producto intermedio del proceso de elaboración de producciones narrativas, que constituyeron el producto final de la investigación.⁵ Opté por trabajar con este material ya que consideré que la generización de la vida social era más patente en estas transcripciones que en las producciones narrativas grupales cuyo foco era la memoria grupal generacional y no la dimensión de género.

A continuación, explicaré brevemente qué entiendo por *hacer memoria feminista*. Luego me centraré en reflexionar desde una mirada feminista en torno a memorias generizadas de la violencia política en Chile, abordando en primera instancia memorias de mujeres revolucionarias que tomaron las armas o fueron encarceladas. En segunda instancia me centraré en memorias de resistencias cotidianas e invisibilizadas en contextos de dictadura que han sido narradas por mujeres reconociéndolas como "otras resistencias", para luego cerrar con algunas reflexiones finales.

Hacer memoria feminista

Quisiera abordar las prácticas de hacer memoria, de recordar, de constituir presentes y soñar futuros como modos generizados y generizantes de mantener o tensionar un determinado orden del mundo (asumido ya sea como natural o social). Esto nos permite a su vez reconocer y valorar el potencial de las prácticas de memoria a la hora de contribuir a la desestabilización y transformación de órdenes normativos, normalizadores y opresores del género (Troncoso y Piper, 2015). Abordar la memoria como una práctica social generizada y generizante implica interrogar los procesos sociales de "hacer memoria", en vez de intentar "develar memorias que tendríamos" (Troncoso y Piper, 2015), es decir se asume un rol activo de quienes "hacen memoria", una práctica que es a su vez siempre relacional y situada social e históricamente. Los estudios de memoria han sido claves en esta labor, diferenciándose las perspectivas feministas al enfatizar la necesidad de construir "lecturas desde el género y no en y sobre el género"

.....
5 Las producciones narrativas corresponden a una metodología que enfatiza el carácter situado de los conocimientos, llevándose a cabo a través de la producción conjunta de narraciones entre quienes investigan y quienes son investigadas o investigados. Se realizan a través de una serie de sesiones de conversación y discusión que son luego textualizadas por quien investiga y devueltos para ser comentados, complementados y editados en sesiones sucesivas. De este modo el producto final permite recoger la forma en que la persona investigada quiere que su narración sea leída (Balash y Montenegro, 2003; Troncoso, Galaz y Álvarez, 2017).

(Oberti, 2015, p. 26). Analizar de este modo los procesos de memoria ha permitido dar cuenta de las dimensiones generizadas de las políticas tanto de derecha como de izquierda, al igual que de las prácticas represivas y los modos particulares en los cuales los mandatos de género afectaron diferenciadamente las experiencias concretas y materiales de mujeres, hombres y disidencias sexuales en períodos dictatoriales (Hiner, 2015a; Jelin, 2002). A esto se suma el desafío constante de que una perspectiva de género no termine reforzando visiones estereotipadas del género o aportando más bien a la invisibilización del mismo (Jelin, 2002).

En los estudios feministas el hacer memoria ha servido de estrategia tanto política como metodológica a la hora de construir relatos y recuerdos que han sido sistemáticamente silenciados e invisibilizados en versiones oficiales del pasado. Las prácticas de memoria feminista buscan impactar en lo que ha sido la promoción y mantención de un pasado y presente hegemonicamente androcéntrico, blanqueado, colonial, hetero y cisnormado. Es por esto que el hacer memoria feminista no remite solamente a revisar y discutir las huellas del pasado, sino que también se preocupa por descifrar silenciamientos, omisiones y negaciones, apuntando a un cuestionamiento político de relatos que caen en falsas pretensiones de verdades y significados absolutos o más auténticos (Richard, 2010).

Hacer memorias feministas es visibilizar y problematizar relaciones de poder complejas que atraviesan dinámicas de recuerdo y olvido. Es visibilizar, por ejemplo, cómo aquellas memorias excluidas y subordinadas suelen ser las que ponen en riesgo un orden de género hegemónico (por ejemplo: binario, heteronormativo, blanqueado, de cierta clase social, etc.), siendo dominantes aquellas memorias que contribuyen a mantener un determinado orden social (Reading, 2014). Por esto desde un lente feminista nos ha interesado prestar atención a fisuras, deslices y experiencias marginadas, que permiten hacer visible aquello que ha operado como representativo de la norma y lo normal en un momento y contexto determinado. Al nombrar este orden de género, no asumo que se trate de un orden preestablecido, preexistente o ahistórico. Este orden dominante del género no es estático, ni atemporal, y tampoco es el mismo para todas las mujeres o todas las personas en un mismo tiempo o espacio. En ese sentido es que nos debemos preguntar más bien por los modos de constitución situada de este orden en diferentes contextos y relaciones. Un orden que es complejo, ya que se establece a partir de la articulación de sistemas o estructuras de poder que se manifiestan de manera local diferenciada. Desde una perspectiva feminista interseccional (Hill-Collins y Bilge, 2016; Bilge, 2010) se buscaría dar cuenta tanto de las dimensiones macro de articulación de sistemas o estructuras de poder (heteropatriarcado, neoliberalismo, capitalismo y colonialismo, por ejemplo), como de su materialización en experiencias diferentes concretas y materiales de privilegio y opresión (nivel micro).

Las narraciones basadas en experiencias han ocupado un lugar central en las teorizaciones feministas, existiendo un debate rico y constructivo en torno a la noción de experiencia (Scott, 1991; Mulinari y Sandell, 1999; Mohanty, 2003; Brah, 2001; Trebisacce, 2016). Tal como afirma Catalina Trebisacce “la *experiencia* es la que permitió la construcción de un conocimiento que rehúye y rechaza las ilusiones de la omnipotencia del conocimiento neutral y des-encarnado que quiere

combatir” (2016, p. 289). El uso de la “experiencia de mujeres” como medio para acceder una mejor visión de la injusticia social y crear teorías más justas ha sido clave en el ámbito de epistemologías feministas denominadas del punto de vista o *standpoint* (Brooks, 2007), y su apuesta a generar conocimientos siempre parciales y situados (Trebisacce, 2016; Haraway, 1995). Asimismo, se han generado numerosas discusiones en torno a los problemas que conllevan determinados abordajes de la experiencia, reconociéndose en la actualidad que las historias basadas en experiencias pueden ser problemáticas, corriendo el riesgo de naturalizar categorías que se encuentran ideológicamente condicionadas (Stone-Mediatore, 2000).

Joan Scott (1991) va a problematizar el uso de la experiencia como evidencia desde un abordaje posestructuralista, cuestionando los modos en los cuales las narraciones que los sujetos realizan de sus propias vivencias pasan muchas veces a constituir evidencias auténticas e irrefutables. Así el género, la sexualidad y etnicidad pasan a ser abordados como características dadas de los individuos, las diferencias son naturalizadas, y aquello que debería ser interrogado es esencializado y naturalizado. De este modo, para Scott esta apelación a la experiencia como verdad no da cabida a historias diferentes. Cuando la experiencia pasa a ser concebida como el origen del conocimiento, ya no es posible dar cabida a preguntas acerca de la naturaleza construida de la experiencia y de cómo los sujetos son constituidos de diferentes maneras por estas experiencias y de qué manera se estructura la visión de cada uno o de cada una. Una mirada posestructuralista busca preguntarse más bien por los modos en los cuales se establece la diferencia, cómo esta funciona y de qué manera constituye sujetos que ven y actúan en el mundo. Cuando la experiencia opera como evidencia, y el significado es considerado transparente, esta funciona reproduciendo en vez de cuestionando sistemas ideológicos dados, asumiéndose que los hechos hablan por sí mismos (Scott, 1991).

Shari Stone-Mediatore (2000) plantea la necesidad de incorporar las críticas de Scott y asumir los peligros de conceptualizar la experiencia en términos empiristas. Sin embargo, enfatiza la necesidad de usar estas críticas como un insumo para pensar modos no empiristas de realizar narraciones basadas en experiencias. Es decir, la crítica posestructuralista no se debe transformar en un argumento que promueva simplemente desechar la noción de experiencia, sino más bien instarnos a repensarla.

Para otras autoras feministas, la invocación de la experiencia no sirve necesariamente a fines de dominación, como ha defendido bell hooks (1994) afirmando que son especialmente miembros de grupos marginados quienes apelan a la experiencia como autoridad para hablar, por ejemplo, de racismo en la sala de clases. La crítica a los esencialismos debe estar también atenta a cómo operan sistemas de dominación que silencian las voces de sujetos marginados posibilitando la apelación a la experiencia como vía privilegiada para ser escuchados/as. Para hooks es clave prestar atención a cómo las prácticas discursivas que posibilitan que se apele a la “autoridad de la experiencia” ya han sido previamente determinadas por políticas de dominación de la raza, el sexo y la clase (hooks, (1994).

Chandra Talpade Mohanty (2003) valora las críticas posestructuralistas, sin descartar la relevancia que tienen las experiencias concretas de dominación que han vivido las mujeres, ya que pueden constituir elementos claves a la hora de

desafiar discursos y memorias hegemónicas. Mohanty destaca el potencial transformador de la experiencia que radica en que se posibilita una reescritura de las identidades, lo cual le otorga un potencial de conciencia política radical.

Este debate ha incidido en que las experiencias hayan pasado a ser asumidas no como verdades dadas y fijas que se ubica en el pasado y solo necesitarían ser recuperadas, sino como discontinuas, fragmentadas, relacionales, históricamente situadas estando siempre mediadas por cargas históricas y políticas (Mulinari y Sandell, 1999).

Si algo parece claro es que la cuestión de qué historias y memorias son predominantes y cuáles son excluidas es siempre, desde una posición feminista, un asunto de poder y autoridad (Hemmings, 2005). Es decir, al realizar prácticas de memoria feminista se debe promover una reflexividad crítica constante sobre las relaciones de poder en juego cuando se construyen recuerdos desde el presente. A su vez debemos preguntarnos: ¿qué lleva a que ciertas historias y memorias sean más aceptables y aceptadas, mientras que otras parecen improbables, irrelevantes? Y también, ¿que sujetos y subjetividades son constituidos por estas prácticas de memoria?

Memorias generizadas de la violencia política

Escrituras feministas han enfatizado la complejidad en las vidas de mujeres militantes, las cuales en un nivel desafían jerarquías de género y transforman políticas de género en sus comunidades y grupos militantes, pero son a su vez incapaces de desplazar completamente las normas patriarcales.

Swati Parashar (2014)

Abordar la articulación del género y la memoria en recuerdos de la violencia política en Chile me parece pertinente debido a los modos en que aquello vinculado a violencia y política se continúa asociando al universo simbólico de lo masculino. Reflexionar en torno a cómo se hace el género en memorias de la violencia política dictatorial en Chile hace posible problematizar estas asociaciones (hetero)sexistas para repensar el rol que cumplieron las mujeres en la resistencia a la dictadura.

La teórica feminista Laura Shepherd (2012) afirma que todo acto de violencia política tiene algo interesante que contarnos sobre género y agencia. Mi curiosidad se relaciona con los modos en los cuales las memorias de la violencia política pueden aportar insumos para comprender cómo el género es (re)producido⁶ en los modos de narrar(nos) y recordar(nos). Desde el reconocimiento de una violencia política generizada, se ha asumido que esta impacta de manera diferenciada a hombres y mujeres, y que es posible pensarla como una performance de feminidad y masculinidad, que va a influenciar incluso las decisiones tomadas en la vida diaria, desde qué ropa usar, donde ir, qué trabajo hacer y con quién socializar (Parashar, 2014). Aun cuando es recurrente en teorizaciones feministas afirmar que experiencias de violencia política, guerras y dictaduras han sido diferentes para hombres y mujeres,

.....
6 Uso (re)producido para referir a procesos simultáneos de reproducción y producción.

estos hechos suelen ser, al mismo tiempo, invisibilizados y sobreenfatizados (Henry, 2014). Es decir, en investigaciones que buscan abordar la violencia política desde una mirada de género o feminista se corre muchas veces el riesgo de perpetuar y fijar diferencias de género, fijando a hombres como victimarios y perpetradores y a mujeres como víctimas pasivas y pacíficas. Desde enfoques feministas posestructuralistas se ha prestado atención a los modos en los cuales sujetos generizados en contextos de conflictos violentos no se ajustan siempre a las expectativas de género tradicionales, visibilizando desajustes entre teorías de género que reproducen representaciones de género más tradicionales y dicotómicas y datos empíricos de estudios sobre conflictos políticos violentos (Henry, 2014; Sjoberg, 2014; Partpart y Partridge, 2014). Estos desajustes pasarían a constituir realidades paradójicas donde discursos, ideas y símbolos tradicionales de género coexisten junto a sujetos generizados que no siempre habitan de manera cómoda ni estática estas normas dominantes y naturalizadas (Sjoberg, 2014). Esta mirada me parece interesante para reflexionar en torno a cómo se mantiene una memoria hegemónica androcéntrica que sigue, por ejemplo, invisibilizando y representando estereotipadamente a las mujeres, a pesar de que las experiencias parecen haber sido siempre más complejas y diversas.

Memorias de mujeres de la resistencia

En las entrevistas grupales con personas que formaron parte de movilizaciones sociales en los años ochenta y noventa participaron mujeres que adscribieron a formas de lucha armada, algunas de las cuales habían sido a su vez presas políticas. Considero que las memorias de estas mujeres representan modos en los cuales un orden tradicional del género fue desestabilizado en esos años. No se trata de relatos en los cuales se asuma un posicionamiento explícitamente feminista de liberación de las mujeres, más bien se apela a una igualdad de condiciones en la lucha y resistencia, incluidas formas de lucha armada. Quisiera de este modo problematizar lecturas que podrían asumir que el género pasó a ser irrelevante en estos espacios, para interrogar más bien los modos en los cuales estas prácticas de memoria constituyen a estas *mujeres de la resistencia*, tensionando memorias generizadas más tradicionales de mujeres en tanto víctimas, mujeres que sufren o mujeres que *apoyan* las luchas de los hombres revolucionarios.⁷ También es importante situar las experiencias que se narran en un período en el cual se estaban generando importantes cambios en el mundo en lo que refiere a las condiciones de vida de las mujeres y las relaciones de género, no se debe desconocer el impacto de las movilizaciones feministas en otros países, y las reflexiones que tuvieron lugar desde fines de los años sesenta en torno a las implicancias de la condición de ser mujeres en sociedades patriarcales (Trebisacce, 2017; Cosse, 2009). Podríamos asumir que estas mujeres que recuerdan formas de lucha de las cuales participaron siendo jóvenes, fueron de alguna manera influenciadas por estas transformaciones en los

.....
7 Ver por ejemplo el trabajo de Janet Jacobs (2008) sobre la representación de mujeres víctimas del Holocausto, el trabajo de Hillary Hiner (2009) de análisis de informes de violaciones a los DDHH en Chile y la reproducción de estereotipos víctima-madre/esposa, para una problematización de las mujeres como "compañeras de lucha" ver Luisa María Dietrich (2014).

mandatos del género, aun cuando se ha escrito a su vez bastante sobre la permanencia de desigualdades de género en las militancias de izquierda revolucionaria, y el rechazo a la influencia de las revoluciones feministas y sexuales consideradas imperialistas (Cosse, 2017; Hiner, 2015a).

Quisiera ahora empezar a realizar algunas reflexiones a partir de los relatos de memoria de mujeres que surgieron en las conversaciones grupales analizadas. Una exmilitante del grupo de lucha armada MAPU-Lautaro recordó lo siguiente en una de las sesiones⁸:

[E]l discurso nos pone al tiro en el lugar de las víctimas de la represión y creo que justamente mi experiencia, al menos nosotros, claro, yo estoy de acuerdo con la lucha armada desde que tengo 16 años, porque fue en una dictadura como forma de auto-defensa. Aun cuando yo ahí era, rayaba cositas chicas... desde ahí está la definición de tomar las armas y de enfrentarnos al dictador y desde ahí se va construyendo uno como... como una mujer de la resistencia, de lo cultural en esa época o más política y después uno va asumiendo otras... De frente, claramente en la lucha armada, que es la opción que yo tomo cuando ingreso al... al MAPU-Lautaro (...) Y dentro de esa, la lógica era, digamos los riesgos del oficio claramente eran la muerte, la tortura o la prisión, ¿no?, eso era... Yo creo que también es parte de la naturalización de que si yo me enfrento a este monstruo del golpe, tengo que tenerla clarita que... más que trasquilada uno puede salir, ¿no? Yo creo que ahí... y lo situó así con claridad, porque también nosotros como... como organización y yo personalmente, cosa que comparto hartito con mis compañeras y compañeros, nunca nos situamos desde el lugar de la victimización. Nosotros somos... y fuimos revolucionarios y revolucionarias... y claro, estuvimos presos nos pasó esto, nos pasó esto otro, pero asumimos eso y no somos pobrecitos que les hicieron esto, o sea, qué penca que eso ocurra, pero era un costo asumido, creo que eso es la definición.⁹

La narradora se posiciona claramente como un agente activa y consciente que tomó la decisión informada de luchar contra la dictadura “de frente”. En esta práctica de memoria se constituye una “mujer de la resistencia” y un “sujeto revolucionario” legitimados por una experiencia de ser y siempre haber sido revolucionaria. Haciendo memoria de su adolescencia ella se constituye como un sujeto coherente e íntegro que siempre contó con las características propias de una revolucionaria, un sujeto que estaba plenamente consciente de los riesgos asumidos al participar de estas formas de lucha “de revolucionarios y revolucionarias”.

El relato remite a una mujer valiente, sin miedo que asume el deber de enfrentarse al dictador. Se resiste explícitamente una posición de víctima pasiva que generaría lástima. Una representación de víctima despojada de agencia y conciencia política, características incompatibles con una identidad revolucionaria, y quizás también con los

.....
8 El Movimiento Juvenil Lautaro también conocido como MAPU-Lautaro fue una organización política guerrillera chilena que ha sido reconocido como una de las organizaciones que reivindicaron la lucha y resistencia armada para derrocar la dictadura de Augusto Pinochet en Chile, continuando su labor en período de transición siendo catalogados como terroristas durante el gobierno de Patricio Aylwin.

9 Sesión de elaboración de producción narrativa grupal, 2 de diciembre 2014.

nuevos referentes de mujer operando en esa época. La tortura, la prisión y la muerte son narradas como riesgos propios del oficio revolucionario, como posibles escenarios futuros. Estas memorias de mujer revolucionaria desestabilizan tanto nociones tradicionales de lo femenino, pasivo y temeroso, como aquello que se piensa como una forma de lucha propia de hombres revolucionarios.¹⁰

A continuación, otro fragmento, en este caso de una conversación que se dio en torno a un primer borrador de la narrativa grupal con mujeres que participaron de resistencia armada en dictadura, donde una de las participantes cuestiona una frase que hace referencia a la necesidad de reconocimiento:¹¹

Karina: Claro, yo por ejemplo aquí hay cosas como de, cuando dice «la frustración de nuestra generación tiene que ver con la falta de reconocimiento respecto del sacrificio que se hizo como juventud» O sea ¡No!, yo por ejemplo no me gustaría que me asociaran con... Yo... No es mi pensamiento, yo no, yo no, no, no. ¡A mí no me falta reconocimiento! No...yo fui, yo no soy milica pal reconocimiento...no. No quiero reconocimiento...puede ser que quiera respeto, pero... (...) Porque yo no hice un sacrificio...porque esa, eso me suena la cosa sacrificial me mole...No...Ahí esto era lo que teníamos que hacer y uno, y yo creo que ninguna lo vio como sacrificio...

Mariana: ¡Jamás!

Karina: ¡A lo mejor para otros puede resultar un sacri-... los mejores años de tu vida...hueón!¹²

Esta cita me parece potente por la manera en la cual problematiza y se distancia de una representación tanto militarizada como masculina clásica. Se resiste activamente a narrar su experiencia de resistencia revolucionaria desde un deseo de reconocimiento y una narrativa sacrificial. Considero que esta negación a recordar la propia lucha en términos de un sacrificio puede interpretarse a su vez como un distanciamiento de valores cristianos asociados al culto mariano que opera en torno a la figura de la madre santa abnegada que da todo por los otros/as. Insistir en que no pueden considerarse un sacrificio “los mejores años de tu vida” implica a su vez reconocer que no se renunció a los propios intereses y voluntades, sino que la participación de la lucha fue una opción consciente, asociada a un goce. Memorias que se reafirman con orgullo, dando cuenta de la satisfacción de haber cumplido con el deber revolucionario, pero sin querer ser martirizadas desde lógicas sacrificiales.

.....
10 Me refiero a representaciones de masculinidades revolucionarias clásicas que reproducen estereotipos asociados a lo heroico, lo valiente y sacrificial como características propias de lo simbólicamente masculino. Ver por ejemplo el trabajo de Ana Longoni (2007) en torno a la figura del héroe mítico y el mandato sacrificial y el trabajo de Tamara Vidaurrázaga (2012) en torno a masculinidades de izquierda y la figura del hombre nuevo y la representación de varones como quienes han liderado históricamente las revoluciones.

11 Los nombres fueron cambiados para resguardar el anonimato de las participantes.

12 Sesión de elaboración de producción narrativa grupal años 80, 20 de agosto 2015.

Memorias de resistencias cotidianas

En la investigación me llamó la atención el modo en el cual se narraban ciertas experiencias en contexto de dictadura por parte de mujeres. Eran por lo general algunas mujeres las que cuestionaban el hecho de estar participando en la investigación, dudando si cumplían con el perfil que buscábamos, afirmando en un inicio que no habían “resistido realmente” o tildando sus roles de más bien “pasivos”. Es por eso que me fui preguntando qué es lo que solemos entender por “resistencia”, y cuál es la dimensión generizada de las representaciones hegemónicas de resistencia a la dictadura. Algunas de estas memorias de mujeres se pueden describir como “memorias banales” (Lechner y Güell, 1989) refiriendo a experiencias no dramáticas, es decir, que no trataban con vivencias directas de tortura o muerte, sino de dolores cotidianos y normalizados.¹³ Algunas de las personas que narraron justamente este tipo de experiencias afirmaban cosas como “yo no luché tan activamente” o “yo solo escondía gente”. Creo que estas memorias son importantes de relevar desde una mirada feminista, ya que permiten desplazar memorias hegemónicas de resistencia centradas en enfrentamientos violentos entre hombres (Parashar, 2014), aportando al reconocimiento de otros espacios y prácticas de resistencia y formas de lucha. A su vez permiten ampliar lo que entendemos por resistencia, permitiendo así el reconocimiento de una mayor gama de experiencias, acciones y personas que resistieron de diferentes maneras y en diferentes tipos de espacios.

En este apartado quisiera reflexionar entonces en torno a cómo ciertas memorias de resistencias a las guerras y dictaduras y otros contextos de violencia política han sido representativas de lo que hegemónicamente se ha entendido por “resistencia”. Las representaciones más recurrentes de la violencia política parecen estar centradas en enfrentamientos violentos, hazañas revolucionarias, asesinatos y torturas brutales, dominadas muchas veces por protagonismos masculinos. Las mujeres aparecen a menudo viviendo duelos, relegadas al ámbito de lo afectivo feminizado, mientras los hombres se representan involucrados en acciones violentas muchas veces buscando emascular a sus enemigos (Parashar, 2014). Es a partir de esta lógica hegemónica que las memorias del diario vivir serían relegadas a un segundo plano, invisibilizándose experiencias que podrían ampliar y complejizar el reconocimiento de formas de lucha y resistencia diversas.

La diferenciación generizada y simbólica entre los ámbitos públicos y privados, a su vez se puede vincular a una dicotomía generizada de lo activo/pasivo. Así, han sido mayoritariamente hombres quienes se representan estereotípicamente llevando a cabo luchas y enfrentamientos en el espacio público, haciendo presente y visible su molestia con el orden político imperante.¹⁴ Las mujeres son más recu-

.....
13 Doy gracias a Loreto López por sugerirme indagar en la noción de memorias banales.

14 Estoy intentando problematizar ciertas representaciones estereotipadas, en el caso chileno la resistencia de las mujeres en la calle fue muy importante, pero ha sido invisibilizada en las memorias hegemónicas del pasado reciente. Eso sin duda ha sido cada vez más problematizado a través de investigaciones y documentales que han vuelto a visibilizar el rol que muchas mujeres cumplieron en la resistencia, que no fue secundario, ni pasivo, como han explicitado documentales tales como “Calles Caminadas” (Largo, 2006) y “Hoy y no mañana” (Morandé, 2019), entre otros.

rrentemente representadas como quienes llevarían a cabo acciones de resistencia relegadas al espacio del hogar, apoyando la lucha de sus compañeros desde labores tradicionales asociadas al cuidado, al hogar y a la familia. Con estos relatos quiero reconocer las formas de resistencia que tuvieron a su vez lugar en estos ámbitos privados feminizados, resistencias que ocurrieron en espacios menos visibles siendo claves y arriesgadas, teniendo incluso consecuencias a largo plazo en las vidas de las personas. La siguiente cita corresponde a un recuerdo de los años ochenta en Chile, de una militante de izquierda que regresa al país luego de un período de exilio en el extranjero.

[L]a primera vez que vuelvo a Chile después fue el año 82, como de visita pude venir de nuevo porque se abrieron las fronteras un poco. Y después regresé el año 86 y ahí es donde yo me integro, pero de una manera, en un rol entre comillas bastante pasivo, pero que no fue pasivo, pero que tampoco me di mucha cuenta que me integraba porque me conectaron y entonces mi labor fue esconder gente todo el tiempo (...) Que estaba siendo buscada, que estaba, que tenía que esconderse y quería salir al exilio y que estaba siendo buscada, entonces escondí cabros que no querían estar ahí, que desertaron de la escuela militar ponte tú. Y a otros compañeros. Y el momento como más cúlmine de mi experiencia de protesta fue cuando eh, le di asilo en mi casa a XXXX XXXX (...) Y mm, bueno, quedó la cagá po. Y nos allanaron, hicieron una ratonera como 24 horas, eh, lamentablemente estaba ahí mi hermano viviendo conmigo y se lo llevaron porque pensaron que era el más importante de la vida, nos cargaron por todas partes, llegaron como 100 CNI (Central Nacional de Informaciones) a mi casa ese día (...) ¡No! Eso fue espantoso...tengo que tomar agua, con el recuerdo se me seca la boca [Se sirve un vaso con agua y bebe]. Pero a mí lo que más me impresiona, también escuchándolos a ustedes, es como que en ese momento no había otra cosa que hacer, no. O sea, yo, le he pedido perdón a mis hijos, porque eran chicos, tres hijos, yo me vine sola con tres hijos a Chile y volví, decidí volver y... imagínate cómo los, los, los puse en peligro así, de vida o muerte...pero mi hijo mayor por suerte me dijo ‘mamá, si no lo hacías tú, ¿quién lo iba a hacer? O sea, él tiene una relación muy fuerte con Chile, hoy en día es sociólogo y aunque vive...se quedaron afuera, mis hijos no volvieron. (Sesión de elaboración de producción narrativa años 80, 25 de junio 2015)

Al narrar su memoria de haber escondido personas como una integración a la lucha “entre comillas pasiva”, es posible interpretar simultáneamente una minimización de este tipo de prácticas, pero a su vez el entre comillas parece implicar un reconocimiento de que no era una acción en realidad tan pasiva, ni insignificante ni poco arriesgada. Otro elemento interesante de este relato es que visibiliza acciones de solidaridad con quienes desertaban habiendo formado parte del enclave dictatorial, desplazando por lo tanto memorias de izquierda centradas en las experiencias de clandestinidad de quienes formaban parte de la lucha armada. El violento allanamiento de su casa al momento de prestar asilo a quien fuera un caso altamente mediatizado y emblemático de la dictadura es identificado como “el momento cúlmine de su experiencia de protesta”. De este modo, esta memoria resiste ser identificada como un recuerdo de resistencias pasivas o menos resistentes, ubicándose como una memoria que gatilla una respuesta afectiva corporal (el recuerdo del espanto le seca la boca).

Otro elemento que desde una lectura feminista podemos considerar disruptivo es la problematización de lo que se consideraría ser “una buena madre”. Una

“buena madre” jamás pondría en peligro la vida de sus hijas/os, pero en este caso no parece tratarse de una confesión culposa o de un arrepentimiento sino de una declaración de agencia. Al asumir la inevitabilidad de las acciones, ya que “en ese momento no había otra cosa que hacer”, ella asume a su vez responsabilidad por sus acciones y por haber puesto en riesgo la vida de sus hijas/os. De este modo una representación naturalizada de la maternidad es tensionada al priorizarse la lucha política en un contexto dictatorial, una lucha que es a su vez reconocida por sus propios hijos como necesaria.

La siguiente cita corresponde a una de las mujeres que recordaba sus experiencias de resistencia durante los años ochenta, relatando su vivencia de haber formado parte de una familia involucrada en diferentes tipos de acciones de lucha y resistencia contra la dictadura, tales como esconder a personas en su hogar y realizar pintadas (rayados) políticas en las calles:

Yo creo que, para mí por lo menos. Yo soy de una familia de izquierda, mis papás eran comunistas...entonces puedo hacer el desarrollo del '73 para adelante con las distintas cosas que uno va viviendo en el camino. Si bien mis padres (...) tuvieron la suerte de mantenerse acá y nosotros estudiamos en un contexto bastante protegido, siempre estuvimos vinculados al Partido Comunista y militantes activos clandestinos, entonces mi historia es quizás un poco distinta, porque en mi casa la represión era como latente desde chica y ... nosotros siempre supimos qué cosas había que hacer, qué cosas no había que hacer. De hecho, cuando mi hermana tenía 4 años o 3, mi papá escondió a un compañero en nuestra casa, nosotros vivíamos en Las Condes. (...) Y mi primera acción o qué se yo, vinculado fue cuando (...) estos campamentos que fueron en Santa Rosa, ¿se acuerdan? (...) Que mi mamá era parte del comité de seguridad del campamento. Y nosotras éramos chicas y nos llevaban igual. Yo debo haber tenido unos 13, 14 años y estábamos a cargo de los niños que había que cuidar. Y venían los milicos, era bien complicado, fue la primera vinculación con la represión (...). O sea, yo tengo imágenes cuando los milicos llegaban al campamento y era bien complicado. Después cuando fui más grande, como era rubia y era como bien con pinta muy cuica,¹⁵ me usaban de correo, me usaron de correo mucho tiempo. Y bueno, o sea yo, me llenaban con cuestiones [señala su cintura] y andaba en el metro, no sé, como esa cosa. Y después cuando entré a la Universidad seguí en las mismas no más, como que no. Para mí fue como súper natural. Incluso en la represión, eso como el miedo a la represión, tampoco lo tenía muy tangible, yo creo que era como parte de mi familia no más. Mi mamá hacía rayados, salíamos a hacer rayados en la noche [ríe] O sea, como normal. Y ya cuando entré a la Universidad como que ahí tomé como más conciencia del tema político, o el mensaje político o la y ahí me distancié un poco de los comunistas y me empecé a vincular con otra gente, con el movimiento feminista y ahí creé mi identidad propia dentro de la protesta”. (Sesión de elaboración de producción narrativa años 80, 25 de junio 2015)

En este potente relato se construye una memoria fuertemente anclada en la experiencia de crecer en una familia de izquierda donde las prácticas de resistencia eran cotidianas y existía una preocupación constante por mantenerse protegidos de posibles acciones de violencia y represión propias del contexto histórico y político que se vivía. En esta memoria se construye un recuerdo de unidad familiar en el cual madre, padre e hijas participaban de diversas maneras de acciones políticas de resistencia. El relato se caracteriza a su vez por una ausencia de relatos de tipo heroicos, centrados en memo-

.....

15 “Cuica” es un chilenismo para referir peyorativamente a personas de clase alta.

rias explícitas de enfrentamientos violentos y peligrosos, haciendo aparecer la resistencia más bien como una forma de vida y práctica cotidiana en un contexto arriesgado. Vivir en un sector de “barrio alto” y contar con rasgos físicos asociados a una persona de clase alta en Chile (ser rubia y parecer “cuica” otorgaba más probabilidades de ser leída como partidaria de la dictadura) son elementos que se usaban estratégicamente a favor de prácticas de resistencia y constituían a su vez factores protectores. La potencia de esta memoria radica además en visibilizar las marcas de privilegio de quien recuerda, diferencias que suelen pasar desapercibidas al ser concebidas como neutrales. Esto genera a su vez un desplazamiento de memorias y discursos en los cuales se marcan solamente aquellas diferencias subordinadas pertenecientes a identidades no hegemónicas (Romero Bachiller, 2007).

El recuerdo de haber sido usada de correo debido a sus características físicas que generaban menor sospecha hacia su persona no se narra de manera victimizante, sino como algo cotidiano y práctico. En su relato refiere varias veces a las acciones que realizaba junto a su madre, con ella iba a campamentos apoyando en el cuidado de niños/as y con ella salía de noche a hacer rayados de contenido político. Estas memorias tensionan tanto la construcción hegemónica de la madre protectora y hogareña, como la de la niña incapaz de participar de acciones con impacto político o de resistencia. La noción de peligro de estas acciones es a su vez tensionada, ya que servir de correo, rayar calles con mensajes políticos y visitar espacios que son allanados por militares son acciones arriesgadas, de modo que los límites convencionales entre lo seguro/inseguro son desestabilizados, aun cuando los privilegios que encarna son explicitados como características que la protegían de la posibilidad de convertirse en sospechosa, y por lo tanto, también de ser víctima de tortura o persecución. Las acciones de resistencia recordadas en estas memorias problematizan a su vez la separación estricta entre espacios privados y públicos, ya que el espacio íntimo del hogar pasa a ser un refugio político y el espacio público de la calle es intervenido con fines políticos por mujeres, en este caso madre e hija, constituyéndose en cómplices resistentes.

Por último, llama la atención como la experiencia universitaria es un relato constitutivo de una nueva conciencia y subjetividad política, alejándola de la izquierda comunista de la cual formó parte a través de su familia. Ella narra una independización y repolitización que la lleva a crear una identidad propia, vinculada a otro contexto histórico post-dictatorial de emergencia de nuevas identidades de lucha, una renovación de luchas feministas que, sin dejar de identificarse con una izquierda, se distancian a su vez de los valores masculinos y heteronormativos presentes en gran parte de esas izquierdas (Hiner, 2015b).

Conclusiones

Decíamos que para el feminismo era importante identificar otras formas de contestación o rebeldía femenina, en el tiempo y en la cultura. Para ello, obvio, tendremos que ponernos de acuerdo primero **sobre qué tipo de rebeldía** estamos hablando y, como vimos, no es la pura rebeldía individual de una mujer, sino más bien la **rebeldía social de las mujeres** la que estamos buscando.

Julietta Kirkwood (1987)

En este artículo quise reflexionar sobre la práctica de hacer memoria desde un enfoque feminista. Reconocer que las memorias se hacen, y que los feminismos pueden aportar posicionamientos políticos explícitos a la hora de realizar trabajos de memoria implica su vez afirmar que no se trata de una labor de mera recuperación de experiencias objetivas que siguen fijas en el pasado. Cómo narramos y repensamos nuestras memorias, y cómo interpretamos estas narraciones es parte de la práctica de hacer memorias feministas, y es una práctica atravesada por relaciones de poder. Y no existe, por supuesto, una única manera de leer, interpretar y tensionar estas memorias. En esto radica a su vez la riqueza de los trabajos de memoria feminista, y esta labor incansable y constante de repensar y rearticular nuestro pasado, presente y futuro. Está claro que no existe una experiencia común de las mujeres, más bien nos enfrentamos a la monumental tarea de abordar los modos en los cuales relaciones de poder heteropatriarcal operan en contextos históricos y sociales determinados, articulándose con otras estructuras de poder y materializándose en experiencias concretas de privilegio y opresión. Relaciones de poder que operan por supuesto también entre mujeres como bien han demostrado los feminismos negros, chicanos decoloniales y postcoloniales.

No quisiera que mis reflexiones se interpretaran como intentos de acceder a voces y memorias auténticas de mujeres, ya que esto implicaría desconocer que toda memoria es una construcción, una práctica social siempre situada y contextual. Es más, tal como indicaba la cita inicial de Celiberti (2015) las prácticas de recuerdo tienen efectos de constitución de sujetos y nuestras experiencias siempre están abiertas a ser reinterpretadas desde nuevos lentes y contextos. Esa es una de las grandes apuestas feministas, renarrar la historia de la humanidad, desplazando y descentrando representaciones hegemónicas androcéntricas, coloniales, blanqueadas y heteronormadas, entre otras. Haciendo visible lo normativo y normalizado, aportando a la incesante tarea de desaprender y reaprender para volver a mirar(-nos) con otros ojos. Esta potencial capacidad de reimaginarnos es clave, ya que las prácticas de memoria feminista aportan esa posibilidad de afectarnos y conmovernos, ya que las memorias que asumimos como personales se encuentran siempre afectadas por los modos dominantes en los cuales el pasado es representado (Manicom, 1992). Visibilizar diferentes tipos de prácticas de resistencia realizadas por mujeres aporta a la tarea de problematizar la inscripción dominante de discursos androcéntricos y heteronormados. En este caso quise rescatar diferentes formas de resistencia, unas más “combatientes” y quizás más similares a las que suelen relatar

hombres, pero que debemos siempre recordar nunca han sido propias del campo de lo masculino. Y resistencias que nombré cotidianas y “banales”, sin querer dar a entender que sean menos importantes o secundarias, sino queriendo problematizar como las propias sujetas que recuerdan titubean a ratos, para luego reconocerse como agentes activos y resistentes. Aún quedan muchas historias por contar y muchas memorias por hacer para contribuir al proyecto feminista de soñar otros mundos posibles. Los feminismos contribuyen con destellos de esperanza en estos tiempos en los cuales los discursos y prácticas fascistas, misóginas, racistas, lesbo y transfóbicas no dejan de reaparecer, reinstalando la pregunta por lo que el pasado nos debería haber enseñado.

Bibliografía

- Ahall, L. (2012). Motherhood, Myth and Gendered Agency in Political Violence. *International Feminist Journal of Politics*, 14(1), 103-120.
- Anzaldúa, G. (2007). *Borderlands/ La Frontera. The new mestiza*. San Francisco: Aunt Lute Books.
- Arfuch, L. (2013). *Memoria y autobiografía. Exploraciones en los límites*. Buenos Aires: Fondo de cultura Económica.
- Balash, M. y Montenegro, M. (2003). Una propuesta metodológica desde la epistemología de los conocimientos situados: Las producciones narrativas. *Encuentros en Psicología Social*, 1(3), 44-48.
- Bilge, S. (2010). Recent Feminist Outlooks on Intersectionality. *Diogenes*, 225, 58-72.
- Brah, A. (2011). *Cartografías de la diáspora. Identidades en cuestión*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Brooks, A. (2007). Feminist standpoint epistemology: Building Knowledge and Empowerment Through Women's Lived Experience. En S. N. Hesse-Biber y P. L. Leavy, *Feminist Research Practice* (pp. 53-82). London: Sage.
- Castillo, C. (productora) y Morandé, J. (directora). (2018). Hoy y no mañana. El movimiento de mujeres que cambió la Historia de Chile. (Largometraje Documental). Chile.
- Celiberti, L. (2015). Desatar, Desnudar...Reanudar. *Estudios de Sociología*, 20(39), 291-308.
- Cosse, I. (2009). Los nuevos estereotipos femeninos en los años 60 y 70: de la mujer doméstica a la joven liberada. En A. Andújar, D. D'Antonio, F. Gil Lozano, K. Gramático y M. Rosa. (comps.), *De minifaldas, militancias y revoluciones. Exploraciones sobre los 70 en la Argentina* (pp. 171-186). Buenos Aires: Luxemburg.
- Cosse, I. (2017). “Infidelidades”: moral, revolución y sexualidad en las organizaciones de la izquierda armada en la Argentina de los años 70. *Prácticas de Oficio*, 1(19), 1-21.
- Das, V. (2007). *Violence and the Descent into the Ordinary*. Berkeley: University of California Press.
- D'Atri, A. (ed.) (2006). *Luchadoras: historia de mujeres que hicieron historia*. Buenos Aires: Ediciones del I.P.S.
- Dietrich Ortega, L. M. (2014). La “compañera política”: mujeres militantes y es-

pacios de “agencia” en insurgencias latinoamericanas. *Colombia Internacional*, 80, 83-133.

Harding, S. (1996). *Ciencia y Feminismo*. Madrid: Ediciones Morata.

Haraway, D. (1995). *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Madrid: Ediciones Cátedra.

Henry, M. (2014). Introduction. War, Violence and Militarization. En M. Evans, C. Hemmings, M. Henry, H. Johnstone, S. Madhok, A. Plomien y S. Wearing (eds.), *The SAGE Handbook of Feminist Theory* (pp. 529-534) London: Sage.

Hemmings, C. (2005). Telling feminist stories. *Feminist Theory*, 6(2), 115-139.

Hemmings, C. (2012). Affective solidarity: Feminist reflexivity and political transformation. *Feminist Theory*, 13(2), 147-161.

Hill Collins, P. y Sirma, B. (2016). *Intersectionality*. Cambridge y Malden: Polity Press.

Hiner, H. (2009). Voces soterradas y violencias ignoradas: Discurso, violencia política y género en los Informes Rettig y Valech. *Latin American Research Review*, 44(3), 50-74

Hiner, H. (2015a). ‘Memory Speaks from Today’: analyzing oral histories of female members of the MIR in Chile through the work of Luisa Passerini. *Women’s History Review*, 25(3), 382-407. DOI: 10.1080/09612025.2015.1071566

Hiner, H. (2015b). “Fue bonita la solidaridad entre mujeres”: género, resistencia, y prisión política en Chile durante la dictadura. *Estudios Feministas*, 23(3), 867-892.

hooks, bell (1994). *Teaching to Transgress. Education as the Practice of Freedom*. Nueva York y Londres: Routledge.

Jacobs, J. (2008). Gender and collective memory: Women and representation at Auschwitz. *Memory Studies*, 1(2), 211-225.

Jelin, E. (2002). El género en las memorias. En E. Jelin, *Los Trabajos de la memoria* (pp. 99-116). Madrid: Siglo XXI Editores.

Kirkwood, J. (1987). *Feminarios*. Santiago de Chile: Ediciones Documentas.

Klein, N. (2008). *La doctrina del Shock. El auge del capitalismo del desastre*. Buenos Aires: Paidós.

Lechner, N. y Güell, P. (1989, noviembre). *Construcción social de las memorias en la transición chilena*. Ponencia presentada en el taller de Social Science Research Council: Memorias colectivas de la represión en el Cono Sur. Montevideo, Uruguay. Recuperado de <https://diplomadoeducacionmemoriayddhh.files.wordpress.com/2014/05/lechner-y-guell.pdf>

Longoni, A. (2007). *Traiciones. La figura del traidor en los relatos acerca de los sobrevivientes de la represión*, Buenos Aires: Grupo Norma.

Manicom, A. (1992). Feminist Pedagogy: Transformations, Standpoints, and Politics. *Canadian Journal of Education*, 17(3), 365-389.

Mohanty, C. (2003). *Feminism without borders. Decolonizing theory, practicing solidarity*. Durham: Duke University Press.

Mulinari, D. y Sandell, K. (1999). Exploring the Notion of Experience in Feminist Thought. *Acta Sociológica*, 42(4), 287-297.

Oberti, A. (2015). *Las revolucionarias. Militancia, vida cotidiana y afectividad en*

los años setenta. Buenos Aires: Edhasa.

Parashar, S. (2014). (En)gendered Terror: Feminist Approaches to Political Violence. En M. Evans, C. Hemmings, M. Henry, H. Johnstone, S. Madhok, A. Plomien, y S. Wearing (eds.), *The SAGE Handbook of Feminist Theory* (pp. 606-621). London: Sage.

Parashar, S. (2015). Anger, war and feminist storytelling. En L. Ahall y T. Gregory (eds.) *Emotions, politics and war* (pp. 71-85). Nueva York: Routledge.

Partpart, J. y Partridge, K. (2014). Soldiering on. Pushing Militarized Masculinities into New Territory. En M. Evans, et al (eds.), *The SAGE Handbook of Feminist Theory* (pp. 550-565). London: Sage.

Reading, A. (2014). Making Memory Work for Feminist Theory. En M. Evans (eds.), *The SAGE Handbook of Feminist Theory* (pp. 196-214). London: Sage.

Richard, N. (2010). *Crítica de la Memoria (1990-2010)*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Diego Portales.

Romero Bachiller, C. (2007). Poscolonialismo y teoría queer. En D. Córdoba, J. Sáez y P. Vidarte, *Teoría Queer. Políticas Bollerías, Maricas, Trans, Mestizas* (pp. 149-164). Barcelona: Editorial Egales.

Scott, J. (1991). The Evidence of Experience. *Critical Inquiry*, 17(4), 773-797.

Shepherd, L. (2012). Introduction: Rethinking Gender, Agency and Political Violence. En L. Ahall y L. Shepherd (eds.), *Gender, Agency and Political Violence* (pp. 1-18). Nueva York: Palgrave Macmillan.

Sjoberg, L. (2014). Gender/violence in a Gendered/Violent world. En *Millennium: Journal of International Studies*, 42(2), 532-542.

Stone-Mediatore, S. (2000). Chandra Mohanty and the Revaluing of ‘Experience’. En Narayan y Harding (eds.) *Decentering the center. Philosophy for a Multicultural, postcolonial and feminist World* (110-127). Bloomington e Indianapolis: Indiana University Press.

Trebasacce, C. (2016). Una historia crítica del concepto de experiencia de la epistemología feminista. *Cinta moebio* 57, 285-295.

Trebasacce, C. (2017). Aporte desde una reflexividad antropológica para una epistemología de la (co)construcción de los testimonios históricos. El caso de las historias del feminismo argentino de la década del setenta. *Cuadernos de Antropología Social*, 46, 7-27.

Troncoso, L. y Piper, I. (2015). Género y memoria: articulaciones críticas y feministas. *Revista Athenea Digital*, 15(1), 65-90.

Troncoso, L. (2016). *Memorias generizadas de la violencia política en Chile* (tesis doctoral inédita). Universidad de Chile, Santiago, Chile.

Troncoso, L., Galaz, C. y Álvarez, C. (2017). Las producciones narrativas como metodología de investigación feminista en Psicología Social Crítica: Tensiones y desafíos. *Psicoperspectivas*, 16(2), 20-32.

Vidaurrázaga, T. (2012). ¿El hombre nuevo?: Moral revolucionaria guevarista y militancia femenina. El caso del MIR. *Revista Nomadías*, 15, 69-89.

Whaley Eeager, P. (2008). *From Freedom Fighters to Terrorists. Women and Political Violence*. Hampshire: Ashgate Publishing Limited.

Yuval-Davis, N. (2004). *Género y Nación*. Lima: Flora Tristán.

Zalaquett, C. (2009). *Chilenas en Armas*. Santiago: Catalonia.